¿Quién no tiene abuelo? O lo tuvo, al menos. El del encargo nació, vivió y murió en Bobotá.

Me ha dado la impresión de que ha releído usted el nombre de la ciudad y por la expresión de su cara, no la conoce. Le informaré que se debe encontrar más allá de lo lejos, inmersa en clima subtropical y próxima al río que riega la férax vega de su entorno, muy adecuado para plantas drogáctas, permídeseme la barbarie botánica. Es para ilustrar en corto.

Con o sin perdón, le cuento que acudieron todos a celebrar el cumpleaños de la abuela, octogenaria. El abuelo, persona jovial, vitalista, amante del deporte, dedicó su mayor interés a la familia y la pesca de caña, aprovechando la profusa fauna fluvial. Era una ciudad que creció mucho, aprisa y sin trabas urbanísticas, de modo que fue extendiéndose hacia el río con asentamientos marginales de peligrosa población y peores negocios ilícitos.

La abuela, bajita pero presumida, cumplía por segunda vez los primeros cuarenta años, anunció y precisamente en su fiesta, había ocurrido lo del abuelo, sin duda por demasías en la celebración. Exceso de ingesta alcohólica, dictaminó el doctor.

El abuelo falleció feliz y rodeado de todos, habiendo dejado desde siempre encargado a la familia que mimó y protegió, que nadie entristeciese por ello y fuese incinerado su cuerpo para evacuar finalmente las cenizas en el río de sus hazañas deportivas. También les sugirió bañarse allí, para sentirse unidos a él, aunque nadie se ilusionó con la sugerencia.

Se hizo el funeral y la cremación la siguiente tarde, deslucida y húmeda, terminando la ceremonia a la anochecida, con entrega del cofre conteniendo los restos del querido abuelo.

Un avispado doliente, apuntando ansias lucrativas, consiguió rescatar a tiempo el ataúd, con idea de colgar la foto en su muro de facebook, anun-

Encargo del abuelo

Miguel Huertas Torres

ciándolo como semi nuevo y de inmejorable precio. La ocasión la pintan calva y el ataúd no tenía pelo. Ni él de tonto.

Al salir del crematorio, un nieto y su padre, se ofrecieron para cumplir el deseo de reposo final del abuelo, ya que podía hacerse de noche completamente y el río tenía lugares poco adecuados a las buenas gentes. Pero nadie quería desatender la voluntad del abuelo, ni perderse aquel acto final y se unieron unánimemente los familiares asistentes, más dos amigos inseparables de las aventuras de pesca.

Todos subieron en varios vehículos y guiados por ambos compañeros de afición, emprendieron camino hacia el lugar donde efectuaban sus lances deportivos.

Aparcaron en un descampado, fuera ya de la zona de chabolas, quedando varios familiares con los vehículos, a fin de mantener la permanencia e integridad de los mismos hasta la vuelta del cortejo. Desde allí, tomaron un sendero no demasiado holgado, que en algunos tramos permitía el paso de dos personas al mismo tiempo. El hijo mayor acompañaba a la abuela, portadora de la urna, quien quiso calzar en la despedida sus elegantes zapatos de finísimo tacón, postrer regalo del abuelo y que la hacían cuatro dedos más alta.

Las proximidades del río, debido a las tercas lluvias caídas en días anteriores, estaban enfangadas y al no haber ya luz diurna ni urbana, motivaron que la abuela resbalase en el barro y se torciese un tobillo.

Al traspicé, se le escapó la urna de las manos, pero el hijo que la acompañaba pudo alcanzarla e impedir un anticipado vaciado de cenizas. Eso

fue lo bueno, lo malo que al imprevisto movimiento, golpeó con el codo la mandíbula de la pobre viuda, expulsándole la dentadura, que desapareció sin remedio en el lodazal.

Repuestos del sobresalto, continuaron la procesión cual ánimas del purgatorio hasta llegar al punto desde el que realizaban últimamente sus peripecias aquellos deportistas, consistente en un entramado de palos que sobresalían de la orilla, sobre los que asentaron algunas tablas. Aquella plataforma ofrecía más peligro que seguridad, máxime en la oscuridad que ya gobernaba el lugar, de modo que el nieto y su padre volvieron a ofrecerse para subir a ella y depositar las cenizas del bendito abuelo.

La abuela repitió que era ella la encargada de liberar las cenizas, que no había llegado hasta ese lugar, lesionado el tobillo y perdida la dentadura para ver de lejos el acto final y no admitió discusión ni razonamiento alguno, con lo que toda la familia consideró adecuado acompañarla en aquel lógico deseo, subir al maderamen, acercarse con cuidado al extremo sobre el río y realizar la operación, lo que efectuaron ayudándose unos a otros, en previsión de una muy posible caída.

Lo lograron, sí, pero no sin que una de las hijas del fallecido introdujese el pie derecho entre dos tablas del armazón, arañándose la pierna derecha, por supuesto, y perdiendo el zapato. Gracias al apoyo de otro hermano, la cosa no pasó a peores, alcanzaron el borde de la plataforma y en ese momento oyeron el estruendo de un helicóptero que repentinamente apareció sobre la arboleda del río, iluminándolos con un potente foco que se centró sobre el grupo.

La abuela, transida de dolor y emoción, supo que era el momento ideal de realizar su cometido, aprovechando la inesperada iluminación, de modo que ni corta ni perezosa, abrió el cofre de las cenizas y las derramó completamente.

El remolino causado por el helicóptero comenzó a salpicar agua a los integrantes del cortejo, pero al salir del cofre las inertes cenizas, no cayeron al río, sino que formaron una tolvenera vivísima que se extendió por doquier, envolviendo y rebozando por completo a familiares y amigos, quienes se defendieron a manotazos de la invasión pulverulenta. Nuevamente hubo pies que se introdujeron entre tablas, resbalones, lamentos de dolor y gritos de angustia por el dolor físico y emocional del momento, pero como pudieron, consiguieron salir del lugar y correr hacia donde dejaron los automóviles, con la fortuna de que el helicóptero se encargaba de iluminar el camino, para que no resbalasen en el barro, suponían.

Allí estaban los que quedaban para custodia, quienes les recibieron asustados de la carrera, griterío y embardunamiento con que llegaban todos. Cuando explicaron lo sucedido, los que no llegaron al río relataron que ellos habían esperado tranquilos, incluso acompañados de un coche de policía que se acercó a preguntar qué hacían.

Alguien explicó que estaban esperando a la familia, porque el día del cumpleaños de la abuela habían quemado al abuelo y acudieron al río para tirar las cenizas.

Al instante aparecieron varios furgones policiales, cuyos uniformados ocupantes los llevaron a todos a explicar el asunto en comisaría y comprobar si su envolvente blanca eran ciertamente las cenizas del abuelo o una nueva forma de camuflar droga.

Y pasaron del cumpleaños con alegría y gozo a la triste comisaría y su calabozo.

Uno de mis defectos es que me busco cualquier excusa para salir al campo. No es cosa de ahora que soy mayor, es algo que, desde que mis piernas pudieran llevarme donde quería, hago sin cuestionarlo; cazo, pesco, busco setas y subo montañas, todo excusas para estar con la Naturaleza. Y es un defecto porque siempre ha molestado a mi manada y la gente que me quiere siempre tiene razón.

Mi vida está desorganizada de la siguiente manera: cuando la Naturaleza lo desea me lleva con ella y me quiere como una madre, me ama como una novia o me enseña magistrales a fuerza de golpes; soledad imposible. A veces descanso, no creas, y salgo un poco a la calle. Pero me siento ajeno al asfalto y se me nota y me lo haces notar... Y no sé qué decirte cuando hablas por hablar, educadamente, de asuntos secundarios y que no entiendes.

A lo largo del tiempo uno aprende por fuerza los pulsos de su vida. Yo huelo la tormenta y mi primavera se

Fuera de cobertura

Pedro Camacho Ruiz

acaba, escucho la chicharra y estoy en la ribera del río buscando truchas, veo los romeros escarchados y siento la escopeta en las manos y el peso del cansancio, escucho el agua golpear el casco de mi barca y estoy en Jaén, luchando con los peces, y veo las flores de la jara que cubren las laderas de los montes y el aire me sabe a aceite de oliva.

A veces, me avergüenza ser tan feliz en lo mío; me llena tanto, por dentro... Sin ser una vida fácil, como difícil de compartir con alguien, es la mía y yo soy ella. Quizá por eso escribo y te lo cuento, por darte algo, pero no me confundas con esos que buscan la vanidosa gloria del reconocimiento, no, lo mío es una cuestión de conciencia.

«Estoy tumbado bajo un álamo alto que se mece con el viento ardiente

del verano. Canta furiosa la chicharra, pesco truchas, he comido y hago la siesta. El canto me sumerge en un sueño profundo en el que siempre aparecen paisajes donde los humanos son, montañas solitarias, voces del pasado que me repiten amores, aromas, tacto suave que se desliza por la piel y te pone el vello de punta. En la naturaleza todo es fácil de entender, necesito que sea así, y es una hormiga la que me recorre la cara y la que me hace abrir los ojos y comprobar que es el viento seco de levante el que mece la copa larga del álamo y hace quejarse a las fibras de su tronco joven que llega hasta mi cabeza. Es el viento el que me hace escuchar las voces y entender amor en ellas, ¿por qué no? Hoy el viento es puro fuego de un blanco plano, vacío, desesperante.

Capirote a la hormiga –vuela– y quiero cerrar los ojos y dormir hasta que se acabe el tiempo –siempre–, pero la chicharra ruge furiosa: me habla de pesca, de truchas de verano, y me mareo. El cielo es del color de la lila, el agua no baja, las truchas me miran curiosas cuando me sobrevuelan y, y eso es lo sorprendente de todo, es el clamor de la chicharra el que me saca del sueño y me hace ver la realidad de las ondas de una ceba en la tabla plateada del río; el pez, el agua, su debilidad y la mía».

Hay un tiempo para soñar, dulce y agradable; necesario. Cuesta un mundo volver, ¿no es verdad amiga? Pero aquí estás tu, otra vez, con tu vestido blanco y tus cabellos de luz y sombra, silenciando a la chicharra y recordándome quién soy. Y así todo el año, cace o pesque, suba montañas orgullosas o busque setas en el bosque, me encuentras y me llevas de la mano donde quiero y donde no. No es nada fácil vivir así pero es mi vida y yo, mal que me pese a veces, soy ella.